

Josefina MÉNDEZ VÁZQUEZ, *Formación profesional de las mujeres en las escuelas de la Matritense: un proyecto político-económico en la España ilustrada*, Oviedo, Ediciones Trabe (Colección Deméter), 2016, 262 págs.

En este estudio, Josefina Méndez Vázquez, cuyas investigaciones se han centrado mayoritariamente en la situación de las mujeres durante la Ilustración, analiza el proyecto educativo de formación profesional de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País en la primera etapa de su andadura: desde la creación de las Escuelas Patrióticas en 1776 hasta 1787, cuando la supervisión de las mismas se traspasó de la propia Sociedad –que la ejercía a través de los socios curadores y los comisionados por la clase de Industria– a la recién creada Junta de Honor y Mérito, compuesta exclusivamente por mujeres y que funcionaba como sección autónoma, pero dependiente de la Matritense.

Esta interesante obra viene a paliar, en palabras de la autora, el «hueco historiográfico» existente, pese a que reconoce que hay numerosa y relevante historiografía que aborda esta materia, pero con enfoques diferentes al que aquí se propone: «desde la perspectiva de la formación profesional de las mujeres y en concreto sobre las escuelas erigidas por la institución [la Matritense] para impartir este tipo de enseñanza» (pág. 13). En este sentido, el análisis de las escuelas populares se afronta dentro del proyecto político-económico del despotismo ilustrado, que presentaba la novedad de considerar a las mujeres como sujetos productivos: para su incorporación al mercado laboral textil como mano de obra cualificada, era necesario que adquirieran la formación necesaria. Los ilustrados fueron conscientes de su potencial como fuerza de trabajo, pero con «la condición de que sea compatible con sus obligaciones domésticas, dado que el hogar continuaba siendo su verdadero espacio. No se plantearon liberarlas de la servidumbre de las tareas domésticas y, por consiguiente, se les va a exigir una doble jornada laboral y entrar en el espacio público, al que acceder de manera temporal para prestar un servicio al



bien común, pero continúan sin poder permanecer en ese espacio» (pág. 237). En esta salida al espacio público, las mujeres de los estratos más humildes «no han sido visibilizadas como sujetos singularizados sino como una colectivo destinado a generar productividad con su fuerza de trabajo» (pág. 234).

El trabajo está estructurado en tres capítulos, sirviendo los dos primeros de marco introductorio al tercero, en el que entra de lleno en el análisis de los centros de educación popular de la Matritense. En el primero se repasa el panorama económico español del último tercio del siglo XVIII, adelantando que no fue el más adecuado para «el devenir de las escuelas de formación profesional femeninas, que se verían profundamente afectadas en su financiación por las contingencias coyunturales» (pág. 34). El segundo capítulo presta atención al programa educativo de las sociedades económicas de amigos del país, en general, y al de la de Madrid, en particular, como «eje director de ese sistema radial» (pág. 96). Como han reconocido la mayoría de los historiadores, las sociedades fueron «agentes activos de progreso», pero su balance es más bien modesto debido a que «adolecían de una moderación reformista, vinculada a una permanente disposición para secundar los planes del gobierno ilustrado que les corresponde otorgándoles su protección» (pág. 95).

En el tercer capítulo, Josefina Méndez Vázquez repasa con detalle la trayectoria de los centros de formación profesional abiertos por la Matritense entre 1776 y 1787: las Escuelas Patrióticas, la Escuela de Encajes y las ubicadas en las instalaciones del Montepío de Hilazas, especializadas en hilados, tejidos y manufacturas textiles sencillas. Examina los objetivos, la organización interna, su estructura jerárquica, el programa formativo, el régimen disciplinario, los estímulos para la asistencia (retribuciones, premios y dotes), las características de las alumnas y del profesorado, su trayectoria y, por último, su financiación.

Las Escuelas Patrióticas se convirtieron en los centros emblemáticos para llevar a la práctica el ideario de la Sociedad Matritense, resumido en su lema: *Socorre enseñando*. En estos centros se practicaba «la acción benéfica, no desde la limosna sino desde la nueva perspectiva asistencial del racionalismo utilitario» (pág. 121). Nacieron con la vocación de constituirse en una alternativa institucionalizada a la formación profesional gremial, con el objetivo de ejercer una enseñanza «interclasista» pero en la práctica se convirtieron en «escuelas gratuitas para niñas pobres» (pág. 122).

La autora acierta al describir con minuciosidad el proceso de la enseñanza profesional textil, que no ha sido abordado con tanta profundidad por la historiografía. Examina las destrezas necesarias para poder usar los tornos, las tareas previas de preparación de la materia prima (algodón, lino, cáñamo y lana) para que estuviera lista para el hilado, el acopio de suministros, los desperdicios y

pérdidas del proceso de aprendizaje y los rendimientos obtenidos con las hilazas. La difícil salida de los géneros fabricados por las alumnas –algo con lo que no había contado la Matritense, que aspiraba a que las escuelas se autofinanciasen con la venta de la producción– tuvo que resolverse optando por medidas alternativas como la fabricación de manufacturas sencillas (lienzos caseros, mantelerías, indianas, toallas, etc.) de mayor demanda comercial.

Las Escuelas Patrióticas constituyeron «un paso adelante en el camino de la instrucción pública, al acostumbrar a las alumnas a acudir a una escuela, someterse a una disciplina y recibir una enseñanza reglamentada» (pág. 125). En este contexto, las maestras se consideraban «un elemento imprescindible en el propósito de hacer de las niñas futuras ciudadanas útiles al progreso de la patria» (pág. 145), en consonancia con el objetivo de la promoción técnica de los trabajadores. Sin embargo, esta se concebía «en interés de los grupos privilegiados, a quienes evidentemente favorecía el crecimiento de la producción y no a consideraciones igualitarias» (pág. 127).

Las escuelas-taller de la Matritense, según Josefina Méndez Vázquez, fracasaron en esta primera etapa de su andadura por varias causas, que no se pueden achacar en exclusiva a su deficiente financiación. La coyuntura político-económica había condenado de antemano este proyecto educativo –que adolecía de un defecto desde su propio origen, pues a la Matritense no le interesó la alfabetización femenina– «a no alcanzar la mayor parte de los objetivos previstos; dado el precario estado de las manufacturas españolas, y toda la problemática de las importaciones, tanto de materia prima como de productos manufacturados, que la economía del país venía afrontando» (pág. 240). La Sociedad tardó demasiado tiempo en darse cuenta de las posibilidades de éxito que ofrecía la diversificación en la producción de derivados de los hilados y las manufacturas menores, como rápidamente advirtió la Junta de Damas al asumir la gestión de estos centros.

En definitiva, la derrota de este proyecto se debió a la «incapacidad de nuestros ilustrados, un tanto utópicos a la hora de convertir en realizaciones prácticas el ideario» (pág. 242). No obstante, más adelante, al valorar las ideas reformistas de los ilustrados españoles, su balance es más equilibrado, reconociendo que «no se puede obviar el efecto rompedor de su ideario preñado de utopías pero que, al mismo tiempo, bebía en las fuentes de la razón y del conocimiento experimental» (pág. 248).

La segunda etapa de los establecimientos educativos de educación popular de la Matritense, desde 1787 hasta 1813 –cuando se cerraron finalmente las últimas escuelas, después de un desastroso periodo final en la difícil coyuntura de la guerra de la Independencia–, que coinciden con la supervisión de la Junta

de Damas, será objeto de una futura investigación, según ha anunciado la autora (págs. 12, 122 y 205). Esperamos que sea publicada pronto, para que los interesados en el tema puedan completar la visión panorámica de esta innovadora experiencia educativa de la Ilustración.

ELISA MARTÍN-VALDEPEÑAS YAGÜE